

los estados modernos, que veían por tal arte asegurado un risueño porvenir de concordia, de libertad y de progreso.

El júbilo era grande y sincero, celebráronse suntuosos banquetes y magníficas fiestas, en todas partes se aplaudía á los diputados españoles, á cuyo paso se apiñaba la multitud, pero en medio de tan gran contento no faltó alguna nube de siniestro presagio que se procuró disipar, y que á no haberse disipado hubiera producido un verdadero conflicto. Aunque no de tan lamentables consecuencias, fué sentida la muerte de don Pascual Madoz que había prestado importantes servicios á la causa liberal, y evitó algunos disgustos entre varios individuos de la comision que perturbaron la armonía que debía haber reinado en todos.

Al regresar dijo el Rey de Italia al señor Zorrilla: «A vuestra lealtad, y á la lealtad del pueblo español, fio la vida y el porvenir de mi amadísimo hijo.»

En la *Numancia* llegó don Amadeo á Cartagena en la mañana del 30 de diciembre.

En este mismo día sucumbía Prim. Hasta entonces había marchado nuestra revolucion sin sacrificar las ilustres víctimas que la de Inglaterra y de Francia, sin desmembrar su territorio como la de Bélgica. Había estado dirigiéndola aquel hombre valiente, perseverante, que amaba la libertad y respetaba el parlamento, que á veces apasionado y estóico á veces, sonreía al oírse acriminar injustamente, aplacaba tempestades, y si produjo la del 19 de marzo, nadie hizo mas esfuerzos que él para disminuir sus efectos. Sacrificándose con frecuencia por la union de todos, cediendo hasta en sus afectos y compromisos, se elevó Prim á grande altura. Todo lo pudo, y dió su vida por dar rey á España.

Y nunca se mostraba Prim mas satisfecho, porque consideraba coronado dignamente el edificio revolucionario. De aquí la saña no solo de los federales, sino de todos los enemigos de la revolucion, que amargaron cruelmente los últimos dias de aquel general. Insultado en las Cortes, denigrado en clubs que eran la aberracion de todas las libertades, aunque Rivero los llamó *tonterías dignas de desprecio*, y atreviéndose periódicos como *El Combate* á llamarle cobarde, amenazándole con matarle en la calle como á un perro, no había denuestos que sus enemigos no le dirigieran con esa pasion, con ese encono, con esa saña con que se lucha en política deshonrándola, y deshonrándose.

Terminada en las Cortes la sesion del miércoles 27 de diciembre, detúvose Prim en un corro conversando de buen humor, y preguntó á un republicano federal: «¿Por qué no viene V. á Cartagena á recibir á nuestro rey?» Contestó en tono de broma y en el mismo continuó la conversacion, y al despedirse dijo Prim: «Que haya juicio, porque tendré la mano muy dura.—Mi general, le respondió, á cada uno le llega su San Martín.»

Diferentes anónimos avisaban á Prim que se atentaba contra su vida, y se preparaba una insurreccion ayudando á los republicanos algunos elementos monárquicos despechados. Despreció los avisos, desdeñó tomar precauciones para asegurar su persona, y con solo dos ayudantes, como de costumbre, salió del Congreso á las siete de aquella noche de gran nevada, y al aproximarse la berlina que les conducía á desembocar á la calle de Alcalá por la del Turco, se acercaron tres hombres por cada lado al carruaje, rompió uno el cristal con la boca del trabuco, y diciendo á Prim *preparate que vas á morir*, dispararon los seis trabucos. Habíase interpuesto una berlina de plaza; bregó el cochero del general por salvar aquel obstáculo que obstruía el paso, dando latigazos á la vez sobre los grupos de asesinos, y al fin logró seguir rápidamente su carrera.

No desconoció Prim lo mortal de las heridas que recibió en el hombro y el pecho. Atendió lo primero á que Topete se encargara interinamente de la presidencia del Consejo de ministros y fuese en busca del Rey á Cartagena, y como no había sacrificio imposible en aquella situacion, Topete, declarando que al ver herido al general Prim, sintió herida la revolucion, la libertad y la honra nacional, creyó un sagrado deber, sin abdicar de sus creencias, ni retractarse de nada, sostener el voto legal de la cámara, defender la revolucion, la libertad y

la sociedad é ir en bussa del rey elegido por las Cortes, servir de escudo con su pecho, y responder con su vida de la del rey que se le confiaba.

Todos los partidos protestaron en la sesion del dia siguiente de tan horrendo crimen, rechazando á sus infames autores; los monárquicos de todas procedencias se unieron, y los republicanos declararon que si hubieran lanzado sus huestes á la lucha en el instante de pisar el rey extranjero el suelo español, sin tener en cuenta el cambio violento operado en la situacion con la inopinada desgracia del general Prim, las clases conservadoras y las indiferentes á la marcha de los acontecimientos se hubieran agrupado al rededor del trono, dando prestigio á don Amadeo.

Mortales las heridas de Prim, falleció en la noche del 30 de diciembre. Levantó el trono para don Amadeo y se abrió el sepulcro para sí! Aquella misma noche se intentó por muy pocos turbar el orden en Madrid, harto consternado por la desgracia que se acababa de experimentar, pero se restableció inmediatamente la tranquilidad, deteniéndose á algunos de los que hicieron disparos de fusil en la calle de Belen.

Del asesinato de Prim, culpa el señor García Ruiz en sus *Historias*, al jóven Paul y Angulo. Nosotros, que quisiéramos borrar este hecho de la historia de nuestra patria, no podemos ser explícitos. No puede deducirse mucho de la voluminosa y embrollada causa que se formó; alguno de los que pudieran hacer luz fué muerto por la guardia civil, tiempo despues; hasta ahora ha sido impotente la justicia para averiguarlo, y no podemos asegurar hasta qué punto será exacto el juicio de la conciencia pública.

Las Cortes honraron la memoria de Prim, pronunciando sentidos discursos los mas elocuentes oradores de la cámara.

Por afrontar peligros, acompañaron á Topete á Cartagena los generales Concha y Zavala.

Entusiasta recibimiento dispensó al Rey la ciudad de Asdrúbal, que pudo á su vez quedar satisfecha del proceder del jóven monarca, religioso en los templos, generoso en los hospitales y sencillo y confiado en la poblacion, por cuyas calles paseó á pié prescindiendo de todo aparato ostentoso. Lo mismo sucedió en Murcia y Albacete.

La muerte de Prim avivó el deseo de don Amadeo de llegar á Madrid. Se inflamó su valor ante la expectativa del peligro, y arrostrando la saña y barbarie de los que no reparaban en medios, por inicuos que fueran, para conseguir sus fines, abrevió el viaje, pernoctó en Aranjuez el primer día del año 1871 y el 2 hizo su entrada en la corte, entapizada con alfombra de armiño, á causa de una gran nevada, precediendo á todos, á caballo, arrancando aclamaciones producidas por su apostura, por su arrogancia sin ostentacion, por sus elegantes maneras y por la valiente y digna serenidad que mostraba. Produjo entusiasmo en las señoras, simpatía en los hombres, admiracion en todos; nuestra generacion no estaba acostumbrada aun á ver un rey jóven, con fama y hechos de valiente, desafiando la cruel intemperie y los enconos asesinos, con valor sin arrogancia, con cortesía sin afectacion, y hasta con galantería simpática: arrancaba aplausos sin solicitarlos, aclamaciones sin buscarlas. Los que otros candidatos tenían, abrigaban en su pecho una esperanza que les abría el camino de la adhesion sincera y resuelta. Oró en Atocha breves momentos, contempló el cadáver del que tanto trabajó para aclamarle rey, fué recibido en el Congreso con el ceremonial preparado; despues de entregar al regente sus poderes, juró el rey la Constitucion con la palabra enérgica del que tiene la resolucion de cumplirla, y tomada posesion de corona y cetro, en medio de entusiastas aclamaciones, antes de ir á palacio, fué á saludar á la ilustre viuda, á identificarse con ella en su dolor, á rendir el rey el tributo del caballero. Sin descansar apenas en palacio, visitó sin ostentacion al regente, y comenzó su reinado dando ejemplos de digna modestia. Aquí parecían extraños y son comunes en casi toda Europa.

Aun no contaba 26 años cuando vino á reinar don Amadeo hijo de Víctor Manuel y de María Adelaida Francisca que lo era del archiduque de Austria Raniero. Sus ilustres y antiguos ascendientes fueron infantes de Aragon y de Castilla, pues la primera alianza de la casa de Saboya con el trono de España

fué la de Beatriz, hija de Amadeo IV, llamada la Condesita, habida en Cecilia de Baux, denominada por su hermosura la Malva Real, quien casó en segundas nupcias con Jaime, infante de Aragón. En 1269, muerto don Jaime, casó con don Manuel infante de Castilla, hijo segundo de San Fernando, siendo hijo de ellos el célebre don Juan Manuel, autor del famoso *Conde de Lucanor*.—Formado por su madre el corazón del niño y desenvuelta por su padre la razón del príncipe, enseñóle fácilmente el coronel de E. M. Ricci el arte de la guerra y el no menos difícil de guiar las huestes con la inteligencia del que aprende antes á obedecer los deberes del soldado; con el coronel de artillería Giovanetti, aprendió esa ciencia, que hace del arma mas temida, cuando es bien manejada, no solo el poderoso auxiliar de los ejércitos sino el decididor de las batallas, y el general Rossi, cultivando en todo su inteligencia y haciendo provechosos sus estudios, viajó con él, recibiendo así esa instrucción que penetra por los sentidos, se arraiga en la mente y va creando la experiencia. Inspiróse en Génova en el amor al comercio, en Florencia y Roma sintió nacer en su corazón el sentimiento artístico que dió inspiración á Miguel Angel y á Rafael; se condeñó al ver la decadencia de la Turquía, visitó Suecia y Dinamarca, cuando estos países escandinavos ofrecían el deplorable espectáculo de un venturoso desenvolvimiento interior limitado por peligros exteriores que le comprometían: la Dinamarca, para quien los nuevos episodios de su lucha con Alemania, la iban á traer una crisis suprema, tenía, aun en víspera de tales extremidades, la hacienda próspera y un gobierno amante de todas las reformas útiles, y Suecia perfeccionaba su legislación y administración, protegía su industria y comercio, y se iba procurando una venturosa hegemonía en el norte escandinavo, recogiendo los frutos del excelente reinado de Oscar I que sabia desenvolver su hijo Carlos XV. Recorrió la Francia y la Inglaterra, emporio de los adelantos de todos los ramos del saber humano, examinándolo todo, y no olvidó en sus viajes á España, visitándola como vimos, no con el propósito de emparentar con la familia real, segun se supuso, sino con el mismo objeto con que viajaba por Europa, con el de conocerla y estudiar hasta sus costumbres. Encargósele el mando, á los 20 años de edad, de una legión de la Guardia nacional de Milan, entró despues en el ejército mandando diferentes cuerpos, con los que tomó parte en las grandes maniobras militares, sufriendo con veterana impavidez los rigores del vivac como los demás oficiales; y á poco, en la guerra con Austria, en los campos de Custozza, supo demostrar su bizarría y derramar su sangre por la patria, cayendo herido en el puesto de los valientes, en el mas avanzado, y en el momento de alentar á sus soldados que le siguieran.

Su enlace en 1867 con doña María Victoria, que tambien contaba entre sus ilustres ascendientes distinguidos títulos, generales, almirantes y grandes de España, fué entusiastamente celebrado en toda Italia, porque reunia en sí aquella ejemplar señora, todo lo mas digno y elevado de sus dignos y elevados ascendientes. Religiosa sin fanatismo, virtuosa sin ostentación, noble sin orgullo, ilustrada sin vanidad y señora siempre, era verdaderamente digna de ocupar un trono.

España tenía, pues, un monarca sin adhesiones que premiar ni agravios que vengar. La historia enseña con triste elocuencia, que los reyes por los que mas sacrificios han hecho los pueblos, les pagaron peor, y aunque esta nación hidalga ha recompensado con amor los agravios, tiempo era para que sin faltar á lo que la nobleza de los sentimientos obliga, se atendiera mas al bien de la patria que á la satisfacción de afectos personales, á los que ligan vínculos políticos; lo cual ha sido origen de no pequeños males. No se comprende por lo tanto, cómo la comision permanente de la grandeza de España, suspendió su presentación como cuerpo del Estado, por no rendir el debido homenaje al rey Amadeo. Y esa grandeza cuyas glorias son las de la patria, que no debe ni puede vivir enajenada del pueblo, que la ha considerado, se debe mas á su país que á personales afecciones por respetables y sagradas que sean. Los mas decididos partidarios de doña Isabel II fueron siglo y medio antes los mayores enemigos de la Casa de Borbon, los que mas pelearon contra Felipe V. Muchos grandes

asistieron á las Cortes de Bayona, donde se juró rey á José Bonaparte, que se imponía por la fuerza, y otros aceptaron sus favores. Si las circunstancias modificaron en todos tiempos la conducta de los grandes, pudieron y debieron, sin menoscabo de su dignidad, estar al lado de don Amadeo, teniendo así ocasion de prestar importantes servicios á la patria. Pero la grandeza española, desconociendo su importancia y su misión desde 1833, ha contribuido mas que nadie á su anulación como poder, á su desprestigio como cuerpo, y á interrumpir su gloriosa historia, contentándose con la de sus viejos pergaminos, los que los conservan.

Perplejo se vió don Amadeo para la formación de su primer ministerio por las diversas opiniones de sus consejeros; aunque todas inspiradas en el mejor deseo; pues importantes unionistas sostuvieron la conveniencia de un gabinete exclusivamente progresista, que hubiera permitido la organización de un partido menos avanzado, aun cuando no en todos hubiera la suficiente calma para saber esperar; pero se opusieron á la formación de un gabinete homogéneo los mismos que habían de constituirle, y Serrano formó al fin el gobierno con los señores Martos, Sagasta, Zorrilla, Moret, Ulloa, Beranger y Ayala, dando una prueba de sinceridad los elementos mas avanzados, tomando las carteras de Estado y Fomento Martos y Zorrilla, dejando á Ulloa la de Gracia y Justicia, objeto constante de unos para avanzar, y de otros para resistir y aun retroceder. Era muy grato para el Rey ver unidos á hombres de opuestas tendencias, y el país concibió lisonjeras esperanzas.

Convocadas Cortes ordinarias para el 3 de abril, aprestáranse á luchar legalmente republicanos y carlistas, haciendo uso de ese derecho que pocas veces ó ninguna hay razón para abandonar; juró el ejército lealtad al rey Amadeo, y al comunicarse á los representantes de España en el extranjero el establecimiento de la nueva monarquía, podía asegurarse que en la levantada por la soberanía nacional, se fundaba la esperanza de la reorganización de este gran pueblo, para que ocupara en el concierto europeo el lugar que de derecho le corresponde. Contábase para esto con un monarca sinceramente constitucional, que no podía ser un obstáculo á cuanto pudiera contribuir al engrandecimiento de la patria; si bien necesitaba el ayuda de todos; y desde un principio, sin esperar los actos del nuevo ministerio, los partidos hostiles á la naciente monarquía se coligaron contra ella en nefando consorcio. Era legal, sin duda, la lucha á que se aprestaron, pero excitando las mas exageradas pasiones, los instintos mas turbulentos y la ignorancia de las masas. Extenso campo hallábase para ello en este pueblo que aun no ha desterrado antiguos hábitos de holganza; en que las clases mas privilegiadas no han sido las mas instruidas, contentándose unos con malgastar las fortunas heredadas, y otros con escalar altas posiciones por el favor, mas que por los propios merecimientos; creyendo que llenarse de títulos y condecoraciones, cubrir la cabeza con una mitra, ó ceñir una faja, dan patente de saber, no se cuidan mas que de conseguir mayor medro, y no por el estudio y el trabajo, sino por el fecundo campo de la política perturbadora. Y como no hay causa, cualquiera que ella sea, que carezca de partidarios, y los tiene siempre la vida aventurera, no faltan masas inconscientes que se sacrifican por los que hacen de ellas escabel de encumbramiento. Así sucedió, y así se vió, porque no era posible otra cosa, que una coalición entre los partidos mas opuestos, pudiera ser benéfica ni provechosa para el país, ni aun para los mismos que la formaban. Esto sin contar con quienes sin ser carlistas, ni republicanos, alentaban á estos en su empresa destructora.

Prolongáronse las elecciones municipales, como garantía de mejor resultado, y al acercarse las de diputados provinciales convocaron los carlistas á sus correligionarios á las urnas para destruir al gobierno y á la dinastía; los republicanos declararon que no aceptaban la monarquía por evitar el escarnio del mundo civilizado y la maldición de la historia, y los moderados lanzaron un manifiesto para ostentar ideas harto lastimosamente conocidas, hacer alarde de principios de honor, mejor sentidos que entendidos, porque está el bien de la patria por encima de todo, y se vió con dolor que hombres de brillante historia se encerraron en el estrecho círculo de un

